

CANDIDO LOPEZ, PRECURSOR DEL ARTE NACIONAL

Cándido López —inomitible precursor del arte argentino— nació en Buenos Aires el 29 de agosto de 1840, en el modesto hogar que sus padres, D. Sebastián López y Da. Josefa Vieyra, mantuvieron en la calle Victoria. Tenía tres hermanos: Urbano, Benita y Juana; esta última casó años más tarde con un señor apellidado Crevenna.

Estudió las primeras nociones de dibujo “en los pobres bancos de las escuelas elementales de entonces”. Allí desarrolló su vocación, al aplicarse a la tarea de calcar y reproducir modelos. Advirtiendo sus padres su disposición para el dibujo, le mandaron al estudio del aficionado y grabador italiano Gaetano Descalzi. Más tarde —ya elegido el oficio de pintor— tomó lecciones con otro italiano el maestro Baldessare Verassi —contratado por el teatro Colón para decorar el cielo raso de su sala de audiciones— que le enseñó a usar los pinceles; “el discípulo asimiló nuevos conocimientos que acentuó después de haber trabado amistad con el distinguido colorista Manzoni, a quien copió muchos de sus más hermosos bocetos y estudios del natural”.

Su primer trabajo al óleo, realizado en 1858, se tituló “El mendigo”; para este retrato le sirvió de modelo un pordiosero de la Recoleta. En aquel tiempo el artista novel contaba diez y ocho años de edad; ese año pintó también su “autorretrato”.

José María Lozano Mouján haciendo un “jeu de mots” afirmó más tarde que era “Cándido también en pintura”, haciendo referencia a su nombre de pila y a su dibujo imperfecto.

El 30 de noviembre de 1862 se hallaba en la ciudad de Mercedes y terminó para la posteridad el conocido retrato del general D. Bartolomé Mitre que actualmente se encuentra en el Museo Mitre, firmado C. López.

Frustrado un intento de viaje a Europa, con objeto de completar sus estudios, —con su amigo y maestro el artista Manzoni— “se decidió a hacer un viaje al interior de la República, halagado por la esplendidez de la naturaleza de las provincias andinas”; partió en 1865 desde Buenos Aires y se detuvo en San Nicolás de los Arroyos “para pintar algunos retratos”; contaba veinticinco años y era un mozo de carácter emprendedor y metódico. Allí se enteró de la declaración de guerra de la Argentina al Paraguay (1).

“El artista empaquetó rápidamente su paleta y sus pinceles, transformándose en soldado; fue de los primeros que se presentó voluntario en el cuartel del batallón “San Nicolás” comandado por el valiente Boerr” (2). Evoquemos su presencia en los vivaques de aquella áspera lucha: “Largo sería describir las peripecias artísticas de López. De pronto le faltaban lápices, pero los reemplazaba el carbón; otras el álbum o papel, pero en cambio, buscando por ahí en los rincones de las maletas de los camaradas, o en las cercanías de los fogones, se tropezaba con trozos de papel de fumar o cubiertas de los paquetitos de cigarrillos. El artista no exigía más: aquellos diminutos trozos bastaban para un boceto y los hacía!..”. Una crónica de la época hace notar que durante aquella campaña “se pedía permiso para bajar a Buenos Aires con tanta frecuencia que el general en jefe tuvo que dar orden de no con-

(1) El rompimiento de relaciones y la declaración de guerra por parte de la Argentina se produjo a consecuencia de la afrenta perpetrada el 13 de abril de 1861: dos barcos argentinos anclados en el puerto de la capital de Corrientes —el 25 de mayo y el Gualeguay— fueron ametrallados y secuestrados por cinco barcos paraguayos, y sus tripulaciones asesinadas o tomadas prisioneras.

(2) El teniente coronel Juan Carlos Boerr —sanicolaseño, contaba treinta y cinco años de edad— integraba la división del general Emilio Conesa bajo las órdenes del general en jefe D. Bartolomé Mitre.



Autorretrato de Cándido López, pintado a los 18 años, antes de perder su brazo derecho.

cederlo sino en caso de imprescindible necesidad”. Más adelante agrega: “entre tanto, el teniente López se mantuvo firme en su puesto...”. Según el propio artista: “sentía vehementes deseos de que se adelantaran los acontecimientos y dieran tema a su pincel”. Esos dibujos, documentos de la gesta inesperada, iban a servirle años más tarde para concretar una obra de indiscutible valor artístico e histórico. Un día que se encontraba la vanguardia del ejército en Batel, el general Wenceslao Paunero le hizo saber al general Mitre que en el batallón San Nicolás un joven teniente dibujaba los acontecimientos de la guerra y el paisaje correspondiente. Esa novedad sorprendió al general en jefe que dió orden a su ayudante de presentarse al teniente coronel Boerr para que aquel dispusiera “a la mayor brevedad posible” la presentación del milite-artista. López comentaba después el sobresalto que le causó aquella disposición repentina. “Yo, simple teniente, debía presentarme ante el general en jefe... decididamente se trataba de algo grave. Pero mi comandante me tranquilizó explicándome el motivo del llamado: el general deseaba ver mis diseños”. No bien en presencia de Mitre —que en esos momentos jugaba un partido de ajedrez con el coronel D. Manuel Roseti— aquel le manifestó a Boerr: “¡Presénteme!...”. Después de examinar detenidamente mis dibujos, me dijo: “Conserve usted esto; algún día servirá para la historia”. Me retiré lleno de entusiasmo, y desde aquel día trabajé con más ahinco que nunca”.

Con el grado de teniente 1º cumplirá el extenso y espinoso plan del 1º de línea “Guardias Nacionales de San Nicolás de los Arroyos” (3), evidenciando una conducta modelo y asumiendo una actitud bizarra. Participará en la batalla de Yatay (4), en la rendición de la plaza de Uruguayana, en la ac-

(3) De los ochocientos soldados del batallón 1º de San Nicolás sólo se salvaron, al final de la guerra, ochenta y tres veteranos; “el resto quedó en los esteros del Paraguay, algunos de ellos inválidos, mutilados, como el teniente López, y los demás muertos”.

(4) Yatay: palmera que abunda en los bosques de Entre Ríos y Corrientes.

ción del paso de la Patria, en la toma de las fortificaciones de Itapirú, en el combate del paso del estero Bellaco del Sur, en la ocupación del campamento de Tuyutí^(*), en el combate de Yataytí-Corá^(*), en los combates del 16 al 18 de julio: Potrero Sauce o Boquerón y Palmar, y por último, el 22 de setiembre de 1866, en el asalto a las trincheras paraguayas de Curupaytí: el revés aliado más importante. Como recompensa a estos timbres de gloria se le acordaron ocho medallas, los cordones de plata y el uso del escudo nacional en la manga derecha de su casaca.

Reseñamos a continuación las acciones en las cuales intervino López para dar una idea de lo que fue su existencia en aquellos penosos momentos.

En Yatay —provincia de Corrientes— el 17 de agosto de 1865, una fuerza de trece mil soldados del ejército aliado contra el dictador del Paraguay Francisco Solano López, y toda la artillería oriental, a las órdenes del general en jefe uruguayo Venancio Flores, batía al enemigo al mando del sargento mayor Duarte sobre las orillas del arroyo del mismo nombre. Después de un sangriento y reñido encuentro el adversario fue aniquilado pues no quiso aceptar condición alguna: murieron más de mil setecientos enemigos; sólo se salvaron diez paraguayos que escaparon con vida. Se tomaron cuatro banderas, armamentos, municiones, ocho carretas y numerosos caballos; se rindió el comandante superior de las fuerzas enemigas y se hicieron trescientos prisioneros. El ejército aliado tuvo una baja de dos mil quinientos hombres entre muertos y heridos. En el mes subsiguiente las fuerzas paraguayas, en número de más de seis mil hombres, se atrincheraron en la plaza de Uruguayana a las órdenes del general Estigarribia. Sitiadas por los aliados desde el 12 de setiembre de 1865, fueron atacadas por tres columnas aliadas. Comandaban las vanguardias respectivas: el general Flores, el teniente general Marques,

(*) Tuyutí: Significa en guaraní: barro blanco.

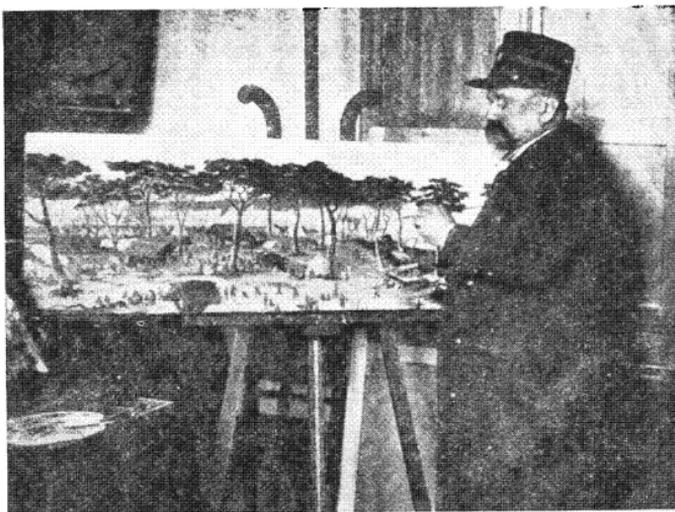
(*) Yataytí-Corá: en guaraní: cerco de palmeras.

Baron de Porto Alegre y el general Wenceslao Paunero. La plaza fue rendida por las armas aliadas, el 18 de setiembre, sometiéndose toda su tropa. Se tomaron cinco cañones, nueve banderas, y más de cinco mil fusiles, mil trescientas lanzas, tercerolas, correajes, cajas de guerras y bagajes, incluso una flotilla de canoas y balsas.

El 31 de enero de 1866 ocurrió la acción del paso de la Patria. La 2ª división "Buenos Aires" y una sección de artillería —al mando del coronel D. Emilio Conesa— sumados a la fuerza de vanguardia al mando del brigadier general Manuel Hornos, atacaron al enemigo que en número de cuatrocientos hombres conducidos por el mayor Viveros, atravesaba el río Paraná por el paso de la Patria. Los paraguayos, en un combate feroz a arma blanca, fueron perseguidos. La artillería enemiga protegida por una reserva de la costa, emplazada estratégicamente en un islote, causó muchas bajas aliadas. La infantería aliada atravesó el monte de la costa y atacó al enemigo por su flanco costeano su línea y desalojándolo. El éxito coronó esta hábil maniobra siendo heridos dos comandantes y varios oficiales lo que hizo disminuir el ardor del ataque. Ambos contrarios tuvieron una gran pérdida humana. El ilustre médico porteño Dr. Manuel de Biedma estuvo prodigándose en las filas aliadas durante todo este combate y prestó un abnegado servicio a su patria. El 10 de abril de 1866 el mariscal Manuel Luis Osorio, general en jefe del ejército del Brasil, y los generales Flores y Paunero al mando de las fuerzas aliadas derrotaron a las paraguayas fortificadas en la isla de Itá-pirú (7) en el paso de la Patria.

El 2 de mayo de 1866, con un ejército de seis mil hombres de las tres armas, y ocho piezas de artillería, amparado por el resto de su ejército a retaguardia, el enemigo atacó por sorpresa el centro de las líneas de avanzada de la vanguardia aliada, a las órdenes del general Flores, en el paso frente al estero Bellaco del Sur obteniendo al principio algu-

(7) Itá-pirú: piedra delgada.



Cándido López, en 1900, frente a su cuadro "Vista del campamento de Cruzú, mirado aguas arriba, el 20 de setiembre de 1866".

nas ventajas pero siendo luego rechazado, por el frente y los flancos, y alejado, con grandes pérdidas, hasta más allá de sus fortificaciones transitorias, en los bosques, por la fuerzas combinadas —uruguayas, argentinas y brasileras— mandadas por el general en jefe D. Bartolomé Mitre. Dejaron en el campo: dos mil quinientos hombres entre muertos, heridos y prisioneros, tres piezas de artillería, dos banderas y ochocientos fusiles. Los aliados tuvieron unos mil hombres fuera de combate entre muertos y heridos.

El 24 de mayo de 1866 en el campo atrincherado de Tuyutí los aliados a las órdenes del general Mitre triunfaron sobre el enemigo —treinta mil hombres de las tres armas— que saliendo de sus trincheras atacó al ejército aliado. Después de cuatro horas y media de encarnizado combate el enemigo fue rechazado y tuvo que regresar a su campamento. Dejó en el campo más de cuatro mil doscientos muertos y como cuatrocientos cincuenta prisioneros —heridos en su mayoría— cuatro piezas de artillería, tres banderas, cinco estandartes, doce cajas de guerra, quince cornetas de caballería, cinco mil fusiles, mil doscientas armas entre lanzas, sables, tercerolas y machetes, corraje y municiones. Los aliados perdieron más de tres mil hombres.

En la tarde del 10 de julio de 1866 hallándose dos compañías del escuadrón “Catamarqueño”, al mando del mayor Matoso, en un islote a seis cuerdas frente al campo de Yataytí-Corá, en donde se encontraba la vanguardia aliada, se presentó el enemigo con una fuerza importante: dos batallones, un considerable repuesto de caballería y varias cohetas. Los aliados debieron ser auxiliados por el regimiento “Correntino” que debió ser apoyado también por la vanguardia del ejército a las órdenes del coronel Ignacio Rivas: batallones 1º de línea y 2º de nacionales de San Nicolás de los Arroyos. Recién entonces el enemigo fue rechazado escapando por el estero y el monte valiéndose de la oscuridad de la noche. Al amanecer del día 11 regresó el enemigo en número de tres mil hombres a las órdenes del general Díaz; el combate se prolongó hasta

la noche y los paraguayos tuvieron que escapar nuevamente. Quedaron en el campo doscientos muertos, treinta prisioneros y cuatrocientos heridos, ciento sesenta y cinco fusiles, dos cajas de guerra. Los aliados tuvieron catorce soldados heridos.

Entre los días 16 y 18 de julio se libraron los combates de Potrero del Sauce o Boquerón y Palmar. El 16 de julio la lucha se generalizó hacia una trinchera enemiga a la izquierda de la línea argentina pero luego se extendió al flanco derecho. La 2ª división "Buenos Aires" al mando del coronel Emilio Conesa, emplazada entre el Palmar y el este fue atacada por cohetas pero logró posesionarse del campo. El 17 el ejército de Conesa marchó a ubicarse en el Potrero del Sauce a la izquierda de la línea brasilera —se llamó luego Boquerón por la configuración del terreno— y destacó una división en auxilio de una trinchera aliada conquistada al enemigo. Esa división fue a su vez relevada por otros batallones; la trinchera fue retenida. El 18 de julio el jefe interino del regimiento 12 de infantería de línea D. Lucio V. Mansilla decidió apoyar los movimientos de guerrilla del comandante uruguayo D. Juan Ayala contra el enemigo que acometía en dos columnas por dos pasos del Estero y para esto se dirigió hacia el Palmar. El fuego de la guerrilla al principio contuvo al enemigo pero luego éste contraatacó en dos grupos con audacia. El cuadro del valiente Mansilla repelió el ataque obligando a los atacantes a dispararse. Al llegar el cononel Ignacio Rivas ordenó a Mansilla marchar al paso del Estero persiguiendo al enemigo, pero éste tuvo que regresar llamado nuevamente por Ayala; se colocó detrás del Palmar y en esa posición finalizó la lucha. Los aliados quedaron dueños de la primera trinchera de la avanzada enemiga. Las pérdidas pasaron de seis mil hombres en ambos ejércitos. Más tarde ocurrió el asalto a las trincheras paraguayas de Curupaytí. Cándido López, dos días antes de este combate, usó su diestra por última vez para realizar el boceto de la posición paraguaya, fue el postre movimiento de su mano derecha en favor del arte y de la historia. "Un caso de metralla se la despedazó en aquella memorable

acción en que no hubo cobardes". Se ha dicho que López "combatí con valor heroico" en esa acción. A consecuencia de su lesión en adelante será apodado el "Maneco de Curupaytí". He aquí en apretada síntesis el curso del acontecimiento: El general Paunero, con el primer cuerpo de ejército, el 22 de setiembre de 1866, atacó las líneas fortificadas paraguayas de Curupaytí. El ataque fue iniciado a las doce y cuarto del día por las divisiones: cuarta, al mando del coronel Antonio Susini, y primera, a las órdenes del coronel Ignacio Rivas, integrada por el 1º de línea, 5º de línea y "Legión Militar", que atacaron bajo una nutrida lluvia de bombas, metralla y fusilería, hasta el borde de una ancha y profunda trinchera antecediada y continuada por inaccesibles defensas de ramas y troncos formando una enorme barricada. Una trinchera fue tomada por la infantería argentina, pero el ataque izquierdo, llevado a cabo por el segundo cuerpo brasilero, a la orden del baron de Porto Alegre, y la columna del coronel Rivas, se vieron amenazadas y en esas circunstancias el general Paunero envió en su auxilio la segunda división: la trinchera cayó en poder de los aliados. La 3ª columna, en medio de un fuego de bombas y metralla, contraatacó bizarra a trescientos metros de las trincheras. Después de cinco horas de lucha el enemigo comenzó a silenciarse. La 3ª división apoyada por el 2º de reserva y dos piezas de artillería regresó al campamento aliado, casi intacta, al anochecer. Quedaron fuera de combate de tres mil a cuatro mil hombres de las fuerzas argentinas y brasileñas. El general Flores y los orientales evitaron el plan de ataque y maniobraron a su albedrío.

José León Pagano detalla, meticoloso, el comportamiento de Cándido López en este combate: "Destrozada la mano derecha empuña el sable con la izquierda y exhorta a su compañía con ímpetu incontenible. Intento vano. La artillería del enemigo contiene todo posible avance. Las copiosas lluvias de los días anteriores habían convertido el campo en un lodazal. La pérdida de sangre le obligó a detenerse a unas trescientas yardas de la trinchera. Luego emprendió el regre-

so, sentándose al pie de un árbol, próximo a la zanja. Su asistente acudió para socorrerle. Con un gran pañuelo a cuadros blancos y colorados hacía sombra a su herida. Un nuevo caso de granada estalló a su lado, e hirió de muerte al abnegado asistente. Este lamentable episodio le hizo buscar un sitio menos expuesto a las balas enemigas, y se resguardó en una zanja: allí se había puesto el brazo en cabestrillo, utilizando el pañuelo de su asistente. La herida era cada vez más dolorosa. Pese a ello, pudo recuperar las fuerzas. No sabe —no supo— cuánto tiempo estuvo en la zanja. De pronto oyó el toque de atención y retirada: el general Mitre, visto la ineficacia de la segunda carga a las trincheras, ordenó el repliegue de las tropas aliadas. López pudo llegar por sus propios medios al campamento de Curuzú, donde el Dr. Lucilo del Castillo puso hilos y vendas a la herida de la mano mutilada, según lo refiere Cándido López en su Diario". Sobvenido este desastre —doblemente ingrato para nuestro artista— éste ya había dibujado los episodios más importantes de la guerra con "la mira de trasladarlos más tarde al lienzo". La curación de su mano derecha se la practicó del Castillo en el hospital de sangre de Curuzú. Después del suplicio de esa dolorosa intervención fue enviado a Buenos Aires, junto con otros mutilados, en donde fue operado nuevamente por el mismo médico que le amputó el antebrazo hasta arriba del codo. El Dr. Castillo consideró que para su paciente no había más porvenir en su carrera artística, pero el tiempo y la entereza del lisiado se encargaron de demostrar lo contrario. Siguió sufriendo, durante varios años, de terribles dolores, y a consecuencia de ello se enfermó del estómago; restablecido del todo, comenzó con una voluntad de acero a educar su brazo y mano izquierdos para la manipulación del pincel. Después de un largo, tenaz, e infatigable ejercicio, que se prolongó durante dos años, consiguió su designio. En 1867 pudo comenzar a concretar su proyecto, pintando al óleo aquellos croquis —al lápiz y al carbón—, y aguadas, realizadas con ese objeto.

No dejó de consultar a los testigos presenciales que aún vivían. “Los generales Mitre, Garmendia, Campos, Arredondo y demás compañeros en las jornadas que él rememora, le han ayudado en su tarea reavivando sus recuerdos personales”. Residió dos años en Buenos Aires⁽⁸⁾ y viéndose con precarios medios para mantener a su esposa y sus hijos, deambuló por “diversos pueblos de la campaña pintando y trabajando alternativamente para atender a las necesidades de su numerosa familia”. Ricardo Gutiérrez⁽⁹⁾ escribió años después estas palabras: “Era el suave adorador de una figurita de emocionante ternura; el padre digno, el señor de la rectitud en el obrar y en el decir. Tenía en su alma el noble bullir de sentimientos; calor de refinada aristocracia que se estrecha al traje de hada del sueño. Muchachón admirable, lleno de virtudes de patricia hombría, que de la mano del destino marchó en seguridad por un legítimo sendero, en un derecho a la felicidad”.

Un día obtuvo trabajo en el puesto de una estancia, en el partido del Baradero. Su propietario, el Dr. Norberto Quirno Costa, lo descubrió allí y le permitió instalarse para poder seguir pintando las escenas de la guerra. Permaneció en ese establecimiento seis largos años y completó toda la historia gráfica de la guerra del Paraguay. Una vez terminado el conjunto de escenas, Quirno Costa “lo alentó para que los llevase a Buenos Aires” y fue quien se ocupó de obtener un local para exponerlos. La exposición —compuesta por 29 cuadros pintados en ocho años— tuvo lugar en los amplios salones del club de Gimnasia y Esgrima, el 18 de marzo de 1885. Los diarios porteños redactaron elogiosos artículos. “La Prensa” —confirmando el pronóstico de Mitre— señalaba: “El te-

(8) Vivía en la zapatería de su hermano Urbano, en Piedras y Alsina, en cuya rebotica instaló su taller y pintó parte de sus cuadros sobre la guerra.

(9) Ricardo Gutiérrez ha sido uno de los primeros en evocar a López dedicándole un expresivo artículo, que encabeza una lista de artistas argentinos, en su interesante trabajo titulado “La obra y el hombre, Vidas ilustres”.

niente López ha hecho un inapreciable servicio a su patria con la obra que le lega". Después de esa exhibición fue conocida por "el todo Buenos Aires". Un periódico porteño comentaba: "El vasto local donde se exhibían los cuadros de López, convenientemente arreglado, era pequeña para contener la concurrencia, que a cada momento se renovaba, ávida por conocer episodios que, aparte del mérito indisputable que en sí tienen, dadas las condiciones del autor, renuevan en el espíritu del pueblo el recuerdo de hechos gloriosos, y tienen, por consiguiente, la ventaja de pulsar el sentimiento patrio en esta época en que, por las condiciones políticas y morales en que vivimos, sirven para levantar al ciudadano a la altura de nuestras gloriosas tradiciones. Amenizaba el acto la reputada banda de bomberos, con cuyas notas vibrantes y armoniosas parecían buscarse en las altas regiones de la estética las sombras de los héroes. ¡La música y la pintura armonizándose para evocar el recuerdo de nuestras pasadas glorias!". Al ser interrogado por los periodistas, Cándido López declaró: "No tengo pretensiones de artista; dejo la materia prima, que podrán explotar con éxito los verdaderos pintores".

Así era Cándido López, dueño de una modestia y de una franqueza tan verdadera como las imágenes de sus cuadros, la verdad histórica revelada y el sello de su estilo propio. La imperfección en el dibujo, y desproporción de las figuras, dio a sus composiciones una personalidad encantadora, plena de graciosa ingenuidad. Esa sinceridad, tan suya, le salvó del insulso academicismo de su época. Sus obras prueban que estamos en presencia de un paisajista nato que expresa su emoción con colores gratos y elegantes notándose la influencia de su maestro el romántico colorista Ignacio Manzonei. Esos matices tan bellos y vigorosos, la perspectiva y armonía escrupulosa, y la desproporción del dibujo, hacen de las composiciones de López un exponente de arte atrayente e inédito. Sorprende a veces la presentación en escena de centenares de actores en primer plano, aumentados por otros a diferente distancia y todos de tamaño proporcionado. Por otra parte, esos

conjuntos que combaten tienen realidad histórica, como tienen vida el campo raso, el monte, la ladera de una colina y los cielos del escenario de la guerra. Pagano —el crítico de arte acunado y penetrante— escribe a ese respecto: “Cada batalla es un canto, cada escena una estrofa, cada verso una definición. Lo ve todo y todo lo capta. No procede por alusiones expeditivas. Describe, detalla, concreta. Labor ingente. Esfuerzo diuturno. El tiempo ya no cuenta ¿quién puede limitárselo a quien tiene frente a sí el cómputo de toda la vida? Ejemplo magnífico”. El mismo censor expresa luego: “La guerra del Paraguay duró cinco años en la realidad histórica de las cuatro naciones beligerantes: en el alma de su glorificador plástico, se prolongó a lo largo de toda una vida, persistió durante toda su vida. No hizo él jornadas a redrotiempo. En sus imágenes internas estaban vivos y muy presentes, los hombres y el paisaje de la guerra. Estaban en él con una actualidad invasora, de ahincada y prepotente permanencia”. Fue un clarividente; no llegó a ser un maestro, pero fue un artista notable, entusiasta y sincero, capacitado para transmitirnos su emoción y exquisita sensibilidad. El celebrado crítico de arte, Ricardo Gutiérrez, ha estampado este juicio que hacemos nuestro: “Es un precursor casi ignorado, pero quienes contemplan su obra de anotación vehemente penetrando el carácter que acordó a sus escenas y paisajes, no podrán negar la luminosidad de su espíritu en viejas horas de tiniebla. Era un apasionado artista de verdad, este soldado digno”. Hizo aún más: quiso documentar la autenticidad histórica de sus cuadros y para eso escribió al general Mitre la conocida carta que reproducimos:

“Distinguido señor General:

Cuando tuve la honra de formar bajo sus órdenes en la gloriosa campaña del Paraguay, me fue permitido tomar bocetos de los parajes por donde nuestro ejército efectuaba sus marchas ó acampaba, y de los hechos de armas que presencié ó en que tomé parte.

En el campamento de Batel tuve el honor de mostrar á V. los croquis hechos hasta esa fecha. Son esos mismos, aumentados con los que hice después, los que pasé al lienzo y ofrecí al Superior Gobierno, considerando que ellos servían para ayudar á conservar recuerdos gloriosos de aquella época.

Para demostrar la veracidad histórica de ellos, recurro á V., señor General, solicitando quiera, con su autorizada palabra, declarar la verdad de mis asertos. Ellos serán el más valioso apoyo á mi solicitud, al mismo tiempo que unirá el reconocimiento de su siempre subordinado. Cándido López. Mayo 2 de 1887. Cuyo, 100”.

El general Mitre contestó a su pedido en la misma fecha :

“Sr. D. Cándido López, Teniente 1º del Batallón San Nicolás, en la campaña del Paraguay. Mi estimado compatriota: En contestación á su estimable carta, me es agradable poderle decir, que no sólo vi los bocetos á que se refiere, en el teatro mismo de los sucesos que presencié del escenario, sino que después los he visto trasladados al lienzo con admirable exactitud. Sus cuadros son verdaderos documentos históricos, por su fidelidad gráfica, y contribuirán á conservar el glorioso recuerdo de los hechos que representan. Me es agradable dar á V. este testimonio, á la vez que felicitarlo por su laborioso trabajo, ejecutado con tanta paciencia como amor por su acierto. De V. afmo. amigo y compañero de armas. Bartolomé Mitre. S./C., Mayo 2 de 1887”.

Transformado en un inválido y padre de numerosos hijos, después de su exposición se instaló nuevamente en Buenos Aires en la calle Cuyo N° 100. Su vida volvió a ser difícil a pesar de la venta de algunas obras pictóricas y la irrisoria pensión de soldado mutilado que le fue asignada por el gobierno.

Quince años más tarde falleció “humilde y silenciosamente” —como señaló cuatro días después del sensible suceso “La Prensa”— en su alojamiento sito en la calle Güemes 924, el 31 de diciembre de 1902 ⁽¹⁰⁾, dejando en la mayor estrechez

⁽¹⁰⁾ Tenía 62 años de edad; murió a consecuencia de una “miocarditis aguda” (libro de defunciones del cementerio del Norte).

a su considerable familia: su esposa Da. Emilia M. de López y sus hijos: Sara, Saturnino, Sebastián, Emilia, Hernando, Horacio, Juan Antonio, Alberto, Adolfo, Eduardo, Federico y Cándido. El funeral tuvo lugar el jueves 1º de enero de 1903, a las cuatro de la tarde, en el cementerio del Norte.

Sus valiosos trabajos figuran actualmente en las pinacotecas de las instituciones siguientes: Museo Histórico Nacional, Museo Mitre, Museo de Luján, Museo de San Nicolás y Museo de Bellas Artes. En setiembre de 1963 fueron donados a este último establecimiento, por los descendientes del artista, quince cuadros al óleo (11). Los óleos sobre la guerra del Paraguay existentes en el Museo Histórico Nacional, son treinta y dos; de ellos, veintinueve fueron donados el 13 de noviembre de 1895 por el Ministerio de Guerra y Marina y tres adquiridos por el museo nombrado en los años 1896 y 1903.

MARCOS ESTRADA

Libertad 1637, Buenos Aires

(11) Generosa donación al Estado realizada por la señora Carmen Carrere de López viuda de Dn. Alberto López (hijo del pintor), el General Dn. Adolfo Cándido López, hijo de los nombrados, y el señor Dn. Horacio López único hijo del artista en la actualidad.